



Revista Electrónica
de Poesía

Aula de Poesía de Barcelona

<http://www.ub.es/aulapoesiabarcelona>

JUSTO JORGE PADRÓN: ESCALOFRÍO (4 poemas)

DENSIDADES DEL ESPANTO

Me refugio en la sombra que proyectan mis manos,
como si defendiese mi frontera de sueños.
Algo relampaguea por dentro de los ojos,
vislumbro en sus frenéticas señales
las hoscas densidades del espanto.
Enjambres de preguntas como insectos,
como duras luciérnagas feroces
cuya luz me alcanzara en todos mis exilios,
me rodean, me ciegan con su alud.
Siento la mansedumbre de la mutilación,
cayendo sobre el alma, calcinando
el simple correlato de mi historia.
Palpo el hostil relente en el anochecer
de las tensas palabras que no olvido,
y escucho el aleteo del poema,
como si fuese el infinito espacio
que abrazara al planeta solitario que soy.

CALLAN MIS OJOS

Callan mis ojos hacia adentro, allí
donde la luz es niebla desvaída
y el dolor como un peso se evidencia.
Los sueños ya no tienen fuerza para ser fuente.
Solamente la voz herida del cansancio
humillada se postra, medra en su laberinto.
Vocifera por mí la lejanía.
Mi zozobra descubre desesperados túneles,
extiende sus raíces con pasos que se quiebran
bajo lluvia invisible que me ahoga.
Es un jadeo torpe tanteando en lo oscuro,
oyendo el ulular húmedo de la luna;

las agujas de pino crecen entre la noche
con helado temblor y desvarío.
Cuánta selva de viento atravesando
las pálidas estancias sollozantes,
mientras aquellos rostros que se fueron
-fríos en la calígene desierta-
hacen mi soledad atroz y anónima.

INDICIOS DE LA CRUELDAD

No supones que a veces la crueldad
con la curiosidad se identifica.
Nace su luz perversa en un paisaje
del que desconocemos referencias e indicios.

Sin embargo, su impulso nos conduce,
acaso por vivir lo inexpresable,
hacia un lugar que enciende la sorpresa
y reconoce el íntimo latido de un poder,
un poder cuya sombra también nos pertenece.

Sólo que en la crueldad la muerte nos sonríe
con su primera rosa quemada entre los dedos.

DEDOS DE ESQUIRLA

Lentos dedos de esquirola me trapasan.
Enardecido siento una muerte indolente.
En ella reconozco la voz que me sentencia:
la misma que descifra los temores,
la inquisidora que hurta mi futuro del mundo.

En mi cabeza se abre su oscuro laberinto.
Sus ojos cegadores me miran con mis ojos.
Sus labios, gota a gota, van bebiendo mis sueños,
las fragancias marinas, las sonoras estrellas
que grabaron sus fábulas en mi otoño cautivo.

Todo quiere borrar de mi memoria.
Fatal y ensimismado es el aire que fluye.
Una estela en lo hondo aleja mi existencia.
Percibo su mutismo sin máscara ni tiempo.

En lo invisible gira su poder
hundiéndome en la arruga de lo inmóvil.
Mas no puede quitarme mi férrea obstinación
ni el vínculo profundo con lo que amo.